

más significativos en este terreno sea el realizado por Hulkrantz, pero en esta nota, que quisimos hacer breve, no podemos entrar en mayores análisis. Sólo hemos pretendido introducir un elemento de duda: la explicación más viable, en cuanto al problema de *la sombra*, creemos, es la de la convergencia.

El libro *Cuijla*, terminada su lectura, nos ha dejado una impresión duradera. Recomendamos, a fuer de antropólogos y a fuer de lectores de buenos impresos, el acercamiento a sus páginas. Y es que, —recordando un proverbio árabe que nos viene muy de perlas en este momento— “el hombre no puede saltar fuera de su sombra”. El hombre mexicano debe conocerse en todas sus expresiones.

Carlo Antonio Castro G.

LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ. *Los Huéspedes Reales*. Obra en diez cuadros. “Ficción”, Núm. 2. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver. 1958.

Con una juventud plena (29 años), Luisa Josefina Hernández ha logrado sin embargo reunir una obra rica y madura, que ya cuenta con buen número de títulos: *Aguardiente de Caña*, *Los Sordomudos*, *Botica Modelo* (premio “El Nacional” de 1953), *Los Duendes*, *La Llave del Cielo*, y la que, sin duda, fue la mejor obra dramática estrenada en 1957: *Los Frutos Caídos*. Su nombre es inseparable ya de la mejor parte de nuestro teatro, y su obra está entre lo más importante de esa mejor parte.

*Los huéspedes reales* acusa una evolución en el concepto de estructura de la autora. La construcción en cuadros le da una oportunidad de ser más selecta en su realismo, presta al mismo tiempo una mayor flexibilidad al esqueleto y más riqueza en los rasgos evolutivos de los caracteres.

La anécdota, en sí misma, es sencilla y los personajes nos son conocidos. Estamos ante una familia mexicana: una joven que estudia, sus padres, su amiga, el novio con quien va a casarse. Y sin embargo, un eco antiguo y espantoso empieza a resonar en las voces que nos eran tan familiares; nos vamos adentrando hacia las raíces de sus culpas, y la figura de Electra se trasluce bajo la piel de la protagonista. Desde el principio, el tono es de un grandor inusitado. El diálogo carece de toda trivialidad, es riguroso, elegante, se dispara como lluvia de flechas. El revestimiento de la casa tiene ladrillos y cemento, pero la construcción es de mármol, y se va revelando progresivamente, hasta quedar visible con toda la pureza clásica de sus líneas, y a una altura como muy raras veces recordamos que haya alcanzado nuestro drama.

El estilo es de un realismo muy depurado, en que la autora fue aislando lo más esencial, avanzando hacia una desnudez pura y terrible, hasta dejar

solamente lo más violento y significativo de los caracteres y de la anécdota. La belleza y la elegancia del diálogo son, por esto, una consecuencia natural y no el resultado de furiosas búsquedas ornamentales (como tan a menudo ocurre en nuestro teatro).

Viene a darnos la impresión este drama de que culmina con él toda una etapa en la producción de su autora, y de que al mismo tiempo se inicia otra. Y esto nos hace ver que en Luisa Josefina Hernández tenemos las mejores bases para que se erija una producción dramática de auténtica resonancia mundial, que fácilmente puede llegar a ser, con la colaboración del tiempo, la mejor y más alta de nuestro país.

*Emilio Carballido*